



1403

La desintegración de las sociedades

Gustavo Adolfo de Paz Marín

Editado por Servicios Académicos Internacionales para eumed.net
Derechos de autor protegidos. Solo se permite la impresión y copia de este texto para uso
Personal y/o académico.

Este libro puede obtenerse gratis solamente desde
<http://www.eumed.net/libros-gratis/2014/1403/index.htm>

Cualquier otra copia de este texto en Internet es ilegal.

ADOLFO DE PAZ

**LA DESINTEGRACIÓN DE LAS
SOCIEDADES**

«Nuestro papel es un papel limitado. En ningún caso debemos hacernos ilusiones. Pero todavía es peor sucumbir al derrotismo ampliamente difundido que presenciamos».

H. Marcuse

«La verdad de esta sociedad no es otra cosa que la negación de esta sociedad».

Guy Debord

INTRODUCCIÓN

En distantes tiempos remotos se pierde el origen de las diferentes ramas del saber. Desde Platón a Hobbes, la crítica e interpretación de las sociedades se denominaba «teoría de la sociedad», ahora es «sociología». La filosofía de la conciencia y las especulaciones sobre el pensamiento y la personalidad, actualmente se conoce como psicología. Las «teorías del hombre» pasaron a ser antropología filosófica, o, simplemente, «antropología». La logificación del pensamiento y el lenguaje desembocaron en la creciente importancia de la matemática, que algunos expertos definen como lógica aplicada. Al perder el origen y el carácter teórico de la filosofía especulativa a favor de un conocimiento experiencial, los conocimientos se especializan y cumplen funciones técnico-instrumentales. Las especialidades pierden capacidad crítica al desembarazarse de la teoría pura anterior (la metafísica), pero ganan practicidad y se convierten, desde esta limitada perspectiva, en científicas, al abandonar su base reflexiva y especulativa adaptándose a la verificación empírica. El auge del positivismo provocó una secularización del saber teórico y metafísico pero no su desenlace. Ese carácter sublime que se le otorga a la experiencia tiene sus raíces en la autocomprensión especulativa, abstracta, teleológica y metafísica de las ciencias, es decir, en su propia comprensión teórica. Lo empírico, lo experiencial, la experiencia, es algo mediado y racionalizado desde una relativa circunstancia parcial. Las especialidades ahora son científicas, pero han perdido capacidad crítica en su contenido y realidad circunstancial debido a que la ciencia no es un saber neutro ni exclusivamente basado en la experiencia sensible, psicológica o social. Obviamente, para que exista una ciencia libre es necesario que exista en una sociedad libre, esa es la base material del conocimiento. Una ciencia libre es aquella que se sumerge en las aguas del pensamiento crítico y reflexivo, no la que se adapta a la realidad de lo dado. Esa fragmentada realidad está anegada de ideología y pertenece a una realidad más general que no es libre ni democrática. Frente a la estandarización de las ciencias se opone la irracionalidad de las relaciones sociales, de las fluctuaciones económicas y la precariedad de un espacio público dominado por la productividad mercantil, lo que presenta a la ciencia como un último reducto de racionalidad y criterio independiente. Lo mismo sucede con el pensamiento económico, ético, estético, etc. Las especialidades fragmentaron la racionalidad, una racionalidad que intentó ser absoluta y ser metafísica pero que en su fracaso claudicó ante un positivismo atrapado en los márgenes de una experiencia estereotipada, absoluta y brutal que excluye la teoría y la reemplaza por la hipótesis adaptativa a un medio ideológico y a los datos parciales. La necesidad del pensamiento crítico crece ante la supremacía del saber sometido a lo dado, a la falsedad y la realidad de lo existente. Una racionalidad que es requerida no puede ser meramente saber técnico-instrumental ni exclusivamente teoría pura o especulación metafísica. Ante la hipóstasis de la práctica, la teoría crítica se desarrolló en ocasiones como un saber teórico especulativo, pero la posibilidad de una sociedad no totalitaria hace necesario el establecimiento de una racionalidad alternativa que modifique constantemente la praxis. La teoría continúa siendo un antídoto frente a la barbarie, pero no lo sería sin su inevitable y constituyente dimensión práctica.

La estandarización es lo que provoca la adaptación e impotencia ante el universo dogmático y empírico conceptual en el que vivimos. Esta fuerza integradora, que en las democracias representativas adquiere su máximo esplendor y se muestra como un totalitarismo, es la misma fuerza que, cuando llega al colapso y al delirio, provoca la desintegración de las sociedades. La sociedad, por muy integrada que permanezca, mantiene una desintegración latente que se manifiesta en sus dimensiones prácticas: la política, la economía, el desarrollo técnico y científico, el arte y la cultura, etc. Las crisis económicas ponen de manifiesto que la desintegración es el resultado de una cohesión social formada de una manera muy frágil en torno al denominado «Estado del bienestar», y que la integración de todas las clases sociales y su desarrollo en las sociedades del capitalismo de organización avanzado muestra su imposibilidad ante las desintegradoras estructuras económicas, políticas, culturales y sociales que han sido establecidas sobre la irracionalidad y la ausencia de una verdadera organización democrática. La sociedad totalitaria y fragmentada es, al mismo tiempo, sistema y apertura, socialización y represión, individuación y anomia, y, en estas circunstancias, se ha reemplazado el anhelo de una vida que no es dada por la necesidad de sobrevivir.

I

INTEGRACIÓN Y HEGEMONÍA

Integración y hegemonía

La necesidad del modelo económico planificado, en la sociedad capitalista avanzada, de continuar su curso después del intento neoliberal que desregulaba el papel del Estado en las finanzas y en ciertos sectores del mercado interno y global que se inicia en los años ochenta y que se clausura con la crisis sistémica de la segunda década del siglo XXI, supone el retorno al poder de las versiones socialdemócratas del capitalismo. El nuevo intento de planificar y socializar la economía, cuyo objetivo reside en superar la actual situación, presupone la administración de la sociedad y la regulación de los mercados (para espanto de los liberales o capitalistas ortodoxos), pero esta regulación resulta incompleta ante su pertinaz subordinación al fundamento del mercado. La socialización resulta, por ello, superficial y estéril, aunque no se debe ignorar que el modelo socialdemócrata es menos brutal e injusto que sus precedentes. Lo que integra las sociedades actualmente es la producción y el consumo, y las crisis derivadas de estas esferas es lo que provoca la amenaza constante de desintegración. Las fuerzas integradoras del sistema son, a su vez, fuerzas desintegradoras de la sociedad. Al provocar la competencia y la desigualdad entre los individuos, descomponer la productividad, que no puede ser asimilada por la sociedad de acuerdo con sus necesidades concretas, y al expandir el ámbito económico en todas las formas sociales, culturales y vitales, se imposibilita una democracia efectiva y se provoca una inestabilidad junto con una agresión permanente.

La exclusividad de la teoría crítica en la filosofía social alemana

El capitalismo se ha socializado, y, por esta razón, el proletariado ha perdido la capacidad de ser sujeto del cambio social, al menos en nuestro tiempo, convirtiéndose en clase media. Este hecho ha conseguido aplacar las crisis sistémicas siendo un factor determinante en la estructura económica, lo que ha permitido continuar su desarrollo. Max Horkheimer percibe en la desilusión del fracaso de las esperanzas revolucionarias del proletariado la imposibilidad de la transformación social, y eso determina el refugio psicológico de libertad en la conciencia de los individuos más que el hecho social, es lo que conduce a la teoría crítica a dirigirse hacia una actitud defensiva y una especulación seudometafísica sobre la omnipotencia de la racionalidad instrumental. Ante la integración del proletariado, que era una clase excluida del proceso social de desarrollo, Horkheimer y sus compañeros del Instituto de Investigación Social abandonan el paradigma de la lucha de clases y abrazan una teoría de la razón instrumental que continúan como una seudofilosofía de la historia. Marcuse, en cambio, continúa el camino revolucionario casi en solitario. No abandona la posibilidad teórico-práctica de la transformación social propia del pensamiento de Marx. La dialéctica negativa de Theodor Adorno, que no es tan negadora ni tan pesimista como la presentan Habermas y Honneth, se nutre de las fuentes teórico-revolucionarias marxistas, pero Adorno, decepcionado por las consecuencias de las perversiones de los movimientos revolucionarios, así como de su presente histórico, que se sitúa entre los totalitarismos y la alienada industria cultural norteamericana, se ve obligado a mantener una posición dialéctica (aunque la dialéctica no sea un punto de vista), pero sin mancharse con una praxis social infectada. Originariamente, la figura de la negación de la negación ya se

encontraba en Hegel, pero es en Marx donde toma una significación materialista y con ello social: «El comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que haya de sujetarse la realidad. Llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera el estado actual de circunstancias. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente» (Karl Marx, *La ideología alemana*). De interpretaciones como esta extraen, tanto Adorno como Marcuse, las bases teóricas del pensamiento negativo, pero Adorno conceptualiza la negatividad. Aunque Marx aporte distintas interpretaciones del comunismo, siempre dinamiza el proceso histórico real así como su propio pensamiento, remarcando su transitoriedad y negándose a que se transfiera como un estereotipo estático o un sistema atemporal. Aunque Adorno no piense la negatividad como un absoluto, ni siquiera como un sistema, la separa de la actividad práctica, la cual está infectada de ideología e instrumentalidad, con lo que su pensamiento fragmentario y antisistema se mantiene encerrado entre la negación del estatismo del sistema y la imposibilidad de una praxis distinta en la realidad existente; su consigna del «no participar» parece un retorno a la disociación elitista del anarquismo político y el aristocratismo reaccionario que margina el presente histórico. Su consigna es una utopía negativa y un absurdo para los millones de trabajadores, así como para los millones de hambrientos, que no pueden permitirse ese lujo. Este proceder dialéctico, que es algo más que un simple método, adquiere con Adorno una dimensión hegeliana, un retorno a Hegel en cuanto a su dinámica histórica y a su predominancia teórica, pero en esta nueva versión, el giro teórico intenta desembarazarse de las dialécticas positivas tanto de Hegel como de Marx y, al hacerlo, también se desentiende en gran medida de su dimensión práctico-social. Todo intento de transformación social está orientado al fracaso, ya que la omnipotente instrumentalidad absorbe toda alternativa práctica, la única postura coherente es la de resistencia. Adorno intenta ser tan crítico que termina en el criticismo. Pero la resistencia es impotente, ya que nadie resiste en las cámaras de gas, en la tortura o en la alienación del mercado de trabajo, por mucho que uno se niegue a participar. Adorno toma esta postura poshegeliana, aunque su dialéctica sea la inversa a la de Hegel, porque es muy acorde con la posición de un intelectual aterrorizado ante las consecuencias de las políticas de su tiempo y que forma parte de un mundo cerrado elitista en el que no se necesita trabajar para subsistir. El sistema de dominación total pudo y puede ser posible, pero no hay que olvidar que si el sistema se construye como un absoluto en su concepto, la praxis no se agota en ningún sistema. Prueba de ello es que Franco, Hitler y Stalin también tuvieron sus disidentes.

El concepto de valor-trabajo no desaparece en estas teorías, sino que es ampliado desde el paradigma de trabajo social hacia el paradigma más amplio que incluye el consumo, la mercantilización, y, con ello, el fetichismo de la mercancía. La alienación mercantil se suma a la burocrática, que incluye una despolitización de lo social y, en ambas, queda incluida también la necesidad constante del sistema de crear plusvalor, a lo que se supedita tanto el mercado como el Estado. Pero el concepto de valor-trabajo e instrumentalidad o dominación de la naturaleza desde una dimensión práctica no puede extenderse hasta su identificación con una filosofía de la historia y su consecuente concepto que reduce a la sociedad a un sistema unidimensional. La unidimensionalidad no es que no sea dada, sino que en una concepción teórica pura impide la práctica social progresiva y conduce hacia perspectivas de resistencia pasiva o a considerar el diálogo social y la racionalidad comunicativa como panaceas universalistas o actitudes

impotentes ante una administración totalitaria. El concepto proviene de un razonamiento que abstrae el proceso de trabajo social alienado y lo proyecta en un modelo de racionalidad objetivante e instrumental, así como de una comprensión negativa del materialismo histórico, es decir, que las condiciones materiales de existencia que establecen la historia humana como procesos y relaciones sociales de producción solo tienen un carácter específicamente de supervivencia, objetivación, dominación y autoalienación, esto es, de instrumentalidad. La dominación de la naturaleza, clave para la producción y la supervivencia, se magnifica de tal manera a lo largo de la historia que el mismo pensamiento, derivado de estas relaciones de dominio, deviene instrumental. El salto cualitativo y cuantitativo de esta teoría crítica de la sociedad es el que corresponde a la dilatación desmesurada y pseudometafísica de la crítica marxista de la sociedad capitalista: el proceso de dominio y explotación es expandido a todas las esferas de la vida, de la sociedad y de la racionalidad, excepto algunos rasgos de la estética (mimesis) y de la reflexión como crítica dialéctica negativa, es decir, que la posibilidad de emancipación solo tiene lugar en la teoría con una reducida dimensión práctica; y esta hipótesis teórico-crítica eleva el proceso instrumental a toda la historia de la civilización.

La idea de que la ideología capitalista absorbe y somete a los mismos dominadores es la base de esta descripción de una filosofía de la historia de apariencia metafísica que abstrae este concepto de tal forma que se vuelve a encontrar con los rasgos hermenéuticos de una teoría tradicional, en lugar de la dimensión práctica de una teoría crítica. De hecho, Horkheimer dijo en una de sus últimas entrevistas que su pensamiento y el de Adorno era una teodicea.

Los estereotipos ideológicos en la teoría crítica

La integración social no se crea solamente desde la coacción directa, ni siquiera indirecta. El consenso social, en cierta medida pasivo a la vez que activo —pasivo en cuanto a la indiferencia y a la falta de alternativas y activo en cuanto práctica social concreta—, es el origen ideológico de la integración social en las sociedades pseudodemocráticas y también lo fue en la mayoría de las sociedades aún más totalitarias. No es la imposibilidad de un consenso social, que de hecho existe, sino la imposibilidad de un consenso social realmente no manipulado y sin coacción lo que convierte la situación ideal de diálogo en una regresión al idealismo hegeliano recuperado por Habermas. El idealismo hegelianizante habermasiano vuelve a darle la vuelta al mundo al interpretar que la comunicación lingüística es el medio por el que los sujetos se relacionan, orientan sus prácticas y constituyen sus valores. Toda esa dimensión comunicativa es necesaria para la supervivencia, entendida como la reproducción material de la vida. La comunicación intersubjetiva es la base para la supervivencia, la creación de la sociedad y la reproducción material de la existencia (esto es, el trabajo social o interacción entre el ser humano y la naturaleza), cuando, realmente, ¿no será al revés?, ¿no será la materialidad de las relaciones productivas entre el ser humano y la naturaleza, así como las relaciones sociales constituyentes de la necesidad comunicativa entre los individuos, las bases constitutivas de la sociedad? Habermas casi reduce la socialización a la comunicación. Expone que al principio fue el lenguaje, algo parecido al dogma bíblico, y esto lo hereda del trascendentalismo de la

filosofía del lenguaje que antepone la significación de los términos a la realidad en lugar de anteponer la realidad a la significación de los términos. Parafraseando a Nietzsche, parece que sigue creyendo en la gramática, lo que le impide librarse de ciertas concepciones. La comunicación es uno de los factores de socialización, pero no el fundamento de ella, si no se olvidan las bases materiales concretas de reproducción del mundo de la vida, sin reducirlas a ser únicamente acciones instrumentales, se evita caer en una simplificación comunicativa que diviniza el consenso. La categoría de entendimiento comunicativo es puesta a la altura de la producción material en la existencia de las sociedades. La división entre «ciencias hermenéuticas de comprensión» que se insertan en la interacción de los sujetos comunicantes o la acción comunicativa, y las «ciencias técnicas, empírico-analíticas» que se insertan en las acciones instrumentales o relaciones productivas entre el ser humano y la naturaleza, procede de la unidimensionalidad que el pensamiento burgués ha desarrollado mediante la ideología que otorga al mercado y las relaciones de producción el origen de la fundamentación y constitución de la sociedad. Habermas intenta romper con esa unidimensionalidad de dos maneras: una es la interpretativa, desarrollando una teoría de la sociedad y de la historia en la que la comunicación prevalece como constituyente de las sociedades, y otra, la práctico-revolucionaria, en la que la recuperación de la racionalidad del diálogo y la acción comunicativa genere una emancipación del ser humano y la sociedad, que se encuentra limitada, sometida y suplantada por una racionalidad técnica y una instrumentalidad prevaleciente.

La fundamentación de la crítica sobre bases materiales, es decir, una teoría como praxis crítica y especulativa, es considerada por Habermas como integrada en el paradigma de la filosofía de la conciencia. Por eso, su giro teórico le obliga a fundamentar la crítica en la idea de un consenso libre y general, es decir, hacia el trascendentalismo. La acción comunicativa se presenta como el paradigma de la sociedad, no es ya la economía sino la ampliación del concepto de reproducción social material al del entendimiento comunicativo lo que fundamenta la integración y la constitución de la sociedad. Habermas parte de la epistemología para llegar al análisis social, en lugar de partir de una crítica material de la sociedad. La dominación se presenta desde su perspectiva como el desarrollo de un consenso moral. La dualidad que aparece en esta hipótesis consiste en que el entendimiento intersubjetivo consuma la dominación a través de un consenso, aunque no sea libre y sin coacción, y la posibilidad emancipativa de ese entendimiento. Las relaciones de dominación y el conflicto social quedan asimilados al proceso comunicativo del entendimiento entre sujetos. Habermas interpreta dos formas de racionalidad subyacentes en la formación de las sociedades: la racionalidad instrumental que, a partir del nacimiento de la sociedad capitalista, crea una ruptura con respecto a la tradición por la que se rige la acción comunicativa entre los individuos, y que pertenece al otro modelo de racionalidad, que es el comunicativo y que subyace dominado por la instrumentalidad del desarrollo productivo, técnico y científico.

Habermas diferencia dos esferas de acción, la integración sistémica y la integración social, que corresponden al sistema y al mundo de la vida, respectivamente. Interpreta que en el sistema capitalista la acción se escinde entre el mundo de la vida y el sistema, ya que el predominio de la acción instrumental interrumpe el tipo de acción comunicativa. Sistema y mundo de la vida se convierten en esferas autónomas, teniendo en cuenta que «mundo de la vida social» es el horizonte donde se entienden los sujetos

al actuar comunicativamente. En ese mundo de la vida es también donde se inserta la tradición.

Si el sistema no abarca la sociedad es porque esta no es ninguna totalidad, así como ningún sistema es absoluto e independiente aunque se conciba como tal. Ante ese dilema, también se deduce que la integración entre sistema y mundo de la vida es una aporía, ya que no son esferas independientes, pero tampoco el sistema se integra de un modo absoluto en el mundo de la vida, de lo contrario no podríamos negar la omnipotencia de la razón transformada de nuevo en mito. En la interpretación habermasiana del desacoplamiento entre el sistema y el mundo de la vida, los mecanismos del sistema desplazan las formas comunicativas de integración social, incluidas aquellas esferas de la acción donde el acuerdo es insustituible, por lo que el sistema coloniza el mundo de la vida social. Si el sistema coloniza y escinde la posibilidad del diálogo y, con ello, la acción comunicativa, es porque todo sistema se constituye como una unidimensionalidad, aunque no se pretenda fundamentalista. Organización no implica sistema. Ningún sistema agota la praxis, ni siquiera la praxis comunicativa, que no es más que una dimensión de la socialización y la racionalidad. Habermas, como buen teórico, eleva la particularidad al concepto, sistematiza y racionaliza incluso lo inabarcable, a la vez que se desprende progresivamente de la concreción inmanente a las relaciones sociales. El diálogo es un medio de emancipación, pero no es el único ni el menos sujeto al dominio. El proceso de ilustración y democracia implica necesariamente un cambio radical en las circunstancias materiales, en donde el diálogo y sus bases sociales son imprescindibles pero no únicos.

La filosofía social alemana idealiza el dominio y presenta soluciones de emancipación poco realistas en cuanto a su realización práctica. Se trata de un argumento a favor de la democracia desde una perspectiva genuinamente idealista. El proceso de dominio queda explicado como una distorsión de racionalidades, una superior a otra debido a la necesidad de supervivencia, en lugar de la lucha entre grupos o clases sociales. Lo que olvidan los ideólogos de la sociología filosófica es que la economía de dominación es política una vez superado el nivel de supervivencia, y esta superación de las necesidades materiales es dada ya en la transición desde la agricultura de subsistencia a otro tipo de desarrollos. No es la racionalidad estratégica o instrumental la que explota al trabajador y expropia al tercer mundo, sino la utilización instrumental de la razón por parte de grupos estratégicos de poder. Reducir y simplificar la racionalidad es propio de toda la tradición académica alemana, que es capaz de idealizar hasta la teoría crítica de la sociedad y la dialéctica materialista. Los filósofos se han ocupado de diseccionar teóricamente la razón como si fueran cirujanos del entendimiento.

La integración de la política en la ideología económica

Las consideraciones acerca de la totalidad de la sociedad como sistema, o la distinción entre esferas diferenciadas como sistema y mundo social de la vida, presentan a los sistemas como racionalizaciones fundamentalistas absolutas. La dimensión práctica de un sistema ideológico o de organización de la sociedad no engloba más que conceptualmente la sociedad como un conjunto absoluto, por eso, Habermas, al comprender que el absolutismo sistemático solo puede serlo en abstracto, diferencia dos

esferas: el sistema y el mundo de la vida social. La crítica de Marx a Hegel ya contenía esta interpretación de que el sistema es absoluto en su concepto pero no en su dimensión práctica y social concreta. Un paso más allá de esta crítica a la ideología del sistema y a su concepción sería el de añadir que la sociedad no es un sistema, sino que el sistema está integrado e integra, a su vez, la sociedad, pero no la contiene como un todo, entre otras cosas, porque el sistema puede ser absoluto en su formalidad pero no en la praxis social en su conjunto. Ni se identifica plenamente el sistema con la sociedad ni existen dentro de la sociedad dos esferas: la del mundo de la vida y la del sistema. El sistema, que es político y cultural además de económico, fundamenta la dinámica y la acción social de forma totalitaria. La dictadura anónima, así es como se podría denominar a la política en las sociedades del capitalismo avanzado. El igualitarismo formal democrático encubre el sistema de dominación clasista, consiguiendo eliminar una oposición efectiva y produciendo la apariencia de que la vida y la conciencia de los individuos poseen autonomía.

¿Por qué se produce el constante retorno, tras las sucesivas crisis sistémicas, al mito del *laissez-faire*? Es decir, ¿por qué interesa suplantarse las políticas socialdemócratas por el neoliberalismo que inestabiliza las sociedades? Porque la intervención estatal en la economía propia del capitalismo de organización supone cierta iniciativa socialista, al menos en su vertiente económica, pero, además, el creciente intervencionismo, democratización, redistribución de la riqueza y fomento de los bienes públicos en detrimento de los privados, abona el terreno hacia una sociedad socialista evolucionada. La excusa para la renovación de la ideología del libre mercado es la del crecimiento económico sin límites, pero existen otros factores determinantes que integran el sistema social e impiden, tanto una oposición crítica real y efectiva como una alternativa global al mercado:

- La productividad en expansión constante.
- El progreso tecnológico y científico.
- El consumo como socialización y participación ideológica y alienante en la riqueza producida.
- El capitalismo de organización por el que el sistema de libre mercado se regula por medio de la intervención estatal, tanto en periodos de crecimiento como en posteriores recesiones, impidiendo o disminuyendo las crisis sistémicas que provocan una desestabilización social.
- La tecnificación de la sociedad, que presenta las leyes económicas como leyes objetivas y fundamenta racionalmente el sistema desde una perspectiva instrumental, objetivante y biológica que elimina posibles alternativas prácticas y teóricas, eliminando la crítica inmanente.
- Factor de integración científico-técnico: la neutralidad de la esfera pública, ocupada por la racionalidad del intercambio, con una base conceptual e ideológica técnico-instrumental y por una práctica social dominada por el mercado, de este modo, se presenta como una «naturaleza» u objetividad neutra.
- La limitación de la democracia a democracia plebiscitaria, que reduce la política a una progresiva regulación económica, establece el bipartidismo y despolitiza a la sociedad.
- El aparato cubre las necesidades de existencia complementándolas e identificándolas con el resto de artículos y servicios de consumo, encubriendo, de esta forma, las

necesidades vitales como medios de lujo en medio del consumo superfluo (la vivienda, el transporte, la alimentación, la sanidad, la educación, la cultura, etc.), por lo que las necesidades son satisfechas por medio de una explotación encubierta.

- La integración política y económica en el sistema, de la clase obrera, elimina el sujeto de la revolución, tanto del cambio revolucionario cuantitativo como cualitativo.
- La permanencia de las necesidades vitales y del trabajo alienado a pesar de los avances tecnológicos, que aunque ya no son necesarios para la supervivencia, sí lo son para la pervivencia del aparato represor productivo.
- La opinión pública manipulada y afín al pensamiento único que se une a la ideología y la autocensura de los medios de comunicación.

Las mismas fuerzas integradoras amenazan con la desintegración de la sociedad al conducir al sistema constantemente a sus límites internos. De este modo, se podría argumentar que las principales fuerzas desintegradoras son la contradicción entre la riqueza social y su distribución, y el colapso de la productividad y su origen en la necesidad constante por parte de la administración y la sociedad de asimilar el excedente ficticio productivo y económico, ficticio en cuanto a su ausencia de concreción en la riqueza distribuida.

La sociedad civil y el Estado

La reducción de la conciencia a lenguaje, y del lenguaje a comunicación, parece resultado de la ideología ampliada del avanzado desarrollo tecnológico. Este desarrollo, en sus intereses constituyentes, responde a unas estructuras reales de explotación y represión que integran la sociedad civil. La filosofía alemana, desde sus orígenes, ha convertido la historia en un proceso de desarrollo de la conciencia, incluso en la inversión negativa de este proceso, o su crítica, que llevaron a cabo tanto Nietzsche, Heidegger y sus postmodernos, como la escuela de Fráncfort con su dependencia teórica del pensamiento hegeliano.

La sociedad civil se forma progresivamente a medida que la burguesía se va configurando como clase independiente. Las relaciones económicas propias del nuevo mundo burgués necesitan independencia respecto al poder político del Estado feudal, lo que origina la idea de que el mercado se autorregula al margen de la intervención política. Esta ideología es la base del liberalismo económico, que reduce la libertad a relaciones «libres» de intercambio. La sociedad civil nace como sociedad mercantil, es decir, delimitada por el sistema económico. Los partidos políticos se sitúan como intermediarios entre la sociedad y el Estado (Bobbio). Las instituciones subordinan su ámbito de acción a la jerarquía y hegemonía del sistema económico. La subordinación de la sociedad al Estado ha sido el proceso de formación de los totalitarismos que, en mayor o menor medida, han limitado o impedido la libertad de las relaciones económicas así como de toda clase de libertades. Esta es la causa por la que Hayek y los neoliberales más ortodoxos identifican la libertad individual y social con el libre mercado, y es también la causa de que los ideólogos soviéticos crearan un Estado totalitario en el que la sociedad no se subordinaba a las relaciones de intercambio, es decir, no era sociedad civil, pero que se sometía al aparato burocrático que tomaba el espacio público reemplazando el mercado. En los países del socialismo burocrático, el

Estado asumió el monopolio del mercado, creando así un sistema de capitalismo de Estado.

En la sociedad civil, es el Estado el subordinado a las relaciones de intercambio que la configuran. A lo máximo que ha llegado la socialdemocracia y el «Estado del bienestar» es a utilizar las instituciones como reguladoras de los caóticos procesos económicos y a dar protección frente a las agresiones del mercado a la ciudadanía por medio de prestaciones sociales. De este modo, el papel totalitario en la sociedad civil no lo tiene el Estado como exclusividad sino el mercado sujeto a legislación y con mayor o menor control institucional. La sociedad, debido a sus características materiales, éticas, estéticas y de comunicación, así como a su diversidad y pluralidad, no puede ser reducida como una amalgama bajo un totalitarismo estatal o como sociedad civil, no puede serlo enteramente como sistema político, burocrático o económico. Esta es la primera base teórica y práctica para desembarazarse de una metafísica del conocimiento que implanta mediante una crítica fundamentalista nuevas formas dictatoriales o recursos novedosos fácilmente asimilables por la realidad establecida. La democratización de las instituciones, por otra parte, supondría la asimilación del Estado por parte de la sociedad, una sociedad que ya no sería sociedad civil, puesto que el papel regulador y protector del Estado quedaría integrado en una nueva organización democrática.

Crisis y productividad

La ley fundamental del sistema económico capitalista es la de su expansión y reproducción constante, es decir, «la ley de la reproducción constante del capital»; y si esa ley se contradice, es decir, si dicha expansión se frena o estanca, se produce una crisis sistémica globalizada.

El sistema económico se rige por relaciones sociales de competencia y de intereses antagónicos, lo que constituye un núcleo de irracionalidad muy real y concreta que amenaza con desintegrar constantemente las sociedades. En la sociedad subyace, de este modo, una violencia latente junto con la represión simbólica y material que, cada vez más despersonalizada, integra la sociedad en torno al sistema por medio de relaciones de competitividad, esfuerzo, sacrificio y agresión simbólica y, al mismo tiempo, necesita de la cooperación entre los individuos atomizados. Por eso mismo, reproduce y disocia la sociedad de los individuos que la componen, es decir, se transmuta la individuación en atomización. La necesidad expansionista del sistema económico y social obliga a la existencia de una productividad constante, unida y asociada al consumo en los países desarrollados, así como a la exportación, esto es, tanto el comercio interior como el exterior, y esta misma expansión imposibilita el desarrollo real de las fuerzas productivas al impedir una socialización de la producción. Es por ello una producción que solo revierte en sí misma (en los dueños de los medios de producción, propietarios tanto simbólicos como individuales), a través de sus mecanismos abstractos como el mercado financiero. La socialización limitada de la riqueza y el beneficio generado por la productividad creciente ha permitido la supervivencia y transformación del capitalismo. La sociedad no es el sujeto económico, ese sujeto es el sistema metafísico del capital. La sociedad es el objeto pasivo y a la vez activo económico, puesto que su mera acción es productiva y consumista, pero

subordinada a la actividad del sistema y a la alienación de la sociedad de su riqueza. En este doble mecanismo, el sistema dirige la sociedad, pero no la integra más que de forma abstracta o ideológica, su mecanismo necesita de una ideología tan compacta como la religión pero sin sus inconvenientes moralistas, que imposibilitarían la actividad económica (a no ser que tengamos en cuenta el calvinismo, pero habría que aclarar si el calvinismo y la ética protestante en general no son secularizaciones de la religión cristiana). Esta ideología es la del mercado y su productividad incesante que se reduce a la maximización del beneficio. Este ciclo de expansión y crisis es sufrido en las sociedades por periodos de tiempo. Aunque los economistas han descrito y argumentado que dichas crisis cada vez son más leves, las tres cuartas partes del planeta viven en una depresión permanente que se agrava con dichos periodos de recesión cíclica. La limitada y superficial socialización de la riqueza por medios secundarios, como el consumo y el nivel de renta, ha permitido que las crisis sean superadas en los países desarrollados, pero no ha imposibilitado su retorno cíclico.

El concepto de totalidad social

La noción de la sociedad como un todo posee un carácter funcional en la sociología de Adorno, pero su desarrollo ha provocado un regreso a la filosofía de la historia o a teorías generalistas como la de Habermas. Por otra parte, el positivismo sociológico trata los fenómenos sociales individualizándolos, haciendo abstracción de lo concreto, lo que da lugar a que sus valoraciones no se dirigen desde lo concreto a lo general, sino de la concreción a la abstracción en forma de datos, estadísticas, hechos inconexos que dificultan una teoría general de la sociedad. Al objetivar los fenómenos sociales aplicando el método de la ciencia natural, se pierde la posibilidad dialéctica de la crítica, no los juicios de valor o los cálculos situacionales específicos, pero sí al margen de la dinámica social en su conjunto. Ante la posible recaída en la metafísica o la filosofía especulativa de la sociología dialéctica y crítica que postula la totalidad social, el positivismo responde con parcialidades y datos que luego recopila y abstrae desde una posición empírica, analítica y objetivista. Este último método también recae en la metafísica, solo que no desde la perspectiva de la filosofía de la historia o de una teoría general demasiado abstracta, sino que es en sus fundamentos objetivistas supuestamente neutrales y supuestamente con exclusividad empírica donde se halla la oculta fundamentación metafísica. El tratamiento científico y empírico que desarrolla el positivismo lógico disfraza la conflictividad del sistema social y sus antagonismos, la frialdad lógico-empírica invalida la crítica, no porque sus observaciones y planteamientos no puedan ser objeto de ella, sino porque su caracterización naturalista objetiva un análisis que debería ser antropológico en lugar de metafísico-descriptivo. El sistema social es presentado como una dimensión objetiva y natural en lugar de antropológica y cultural, siendo esta última dialéctica y crítica en sus fundamentos metodológicos. Si el positivismo de las ciencias sociales impide la crítica de la sociedad generalizada al no considerarla como un todo, las teorías dialécticas de la totalidad social han recaído en una metafísica del sentido histórico, o de su sinsentido o irracionalidad en algunos casos; en otros, el determinismo metafísico ha dado lugar a ideologías totalitarias como el maoísmo, el marxismo-leninismo, etc. Esta dimensión teórica abstracta y teleológica del concepto de totalidad social tuvo lugar como un retorno a la filosofía de Hegel, o en cualquier caso, al pensamiento hegeliano-marxista. En el otro extremo, la objetividad lógico-empírica ha supuesto un freno al cambio social entendido como verdadera transformación y liberación de las circunstancias sociales. No ha negado el movimiento o la dinámica social, pero lo ha presentado como un devenir ahistórico y contrarrevolucionario. Que el concepto de totalidad haya degenerado en desarrollos totalitarios fue el motivo por el que Adorno invirtió la dialéctica hegeliana en dialéctica negativa, algo que ya hizo Marx previamente de forma parcial. Esa totalidad negativa de Adorno fue interpretada como instrumento de crítica y antitotalitarismo, pero no evitó el retroceso hacia una filosofía de la historia, a la que el mismo Adorno tanto se opuso, ni una excesiva abstracción de la teoría del sistema, presentando el sistema, aunque de forma crítica pero casi ahistórica, concreta pero casi metafísica, y contingente pero determinista, como una totalidad, es decir, como un absoluto.

El error de ambas posiciones, la positivista por supuesta neutralidad y la dialéctica por su excesivo formalismo, consiste en su consideración de la ciencia, el extraer la ciencia

como algo independiente de la interpretación y de su dependencia antropológica y cultural. Han considerado la objetividad científica como algo implícito en sus teorías, cuando dicha objetividad es una falacia si no se tiene en cuenta constantemente la dimensión social, material, concreta, cultural, antropológica, ética y estética de los desarrollos científicos. La falibilidad de la teoría, su dialéctica, su limitación y origen en la praxis no ha sido incluida en sus verdades científicas. El concepto de totalidad, por eso mismo, es necesario para comprender e interpretar el desarrollo de las sociedades, pero no consiste, exclusivamente, en que tenga un carácter funcional, sino que la interpretación es crítica. La crítica es ya interpretación, y una interpretación para ser eficaz ha de ceñirse a lo concreto sin dejar por ello de ser abstracta, pero no debe sucumbir al dato objetivo ni evadirse en soluciones totales. El reproche que puede emerger hacia este concepto de interpretación así considerado es el de relativismo. Si bien toda interpretación es relativa, lo concreto no tiene nada de relativo ni de absoluto.

II

LA DESINTEGRACIÓN ECONÓMICA

La transición de la teoría del valor al cálculo económico en la escuela austriaca

Ludwig von Mises, economista austriaco de la denominada escuela de Viena o escuela austriaca, continúa la crítica a la teoría del valor iniciada por su compatriota Boehm-Bawerk. Junto a Walras, Jevons y Carl Menger defendieron la teoría de la utilidad marginal del valor o teoría subjetiva del valor frente a la teoría objetiva del valor de los bienes. Para Mises, el valor de uso de un producto es una apreciación subjetiva de su necesidad, no existe una unidad objetiva que lo valore. Respecto al valor de intercambio, su valor objetivo sí es unitario y objetivo al desarrollarse como la unidad de cálculo. La diferencia principal entre valor de uso y valor de intercambio procede de que el valor de intercambio surgido de las evaluaciones subjetivas proporciona una objetividad, por lo tanto, el valor de uso está subordinado al valor de intercambio para poseer coherencia. El valor de intercambio proporciona la objetividad necesaria para el cálculo de las necesidades y, por ello, otorga un equilibrio sobre la utilización adecuada de los medios de producción. Lo que regula los precios de mercado es este sistema de cálculo económico según Mises. Las variaciones del mercado, la oferta y la demanda de los bienes de consumo y servicios son los que establecen las relaciones de los bienes de consumo y los servicios, es decir, determinan las necesidades de producción y consumo. Si una sociedad no regula los precios de los bienes de consumo mediante este sistema de libre mercado, se hace imposible una producción racional. Sin una propiedad privada de los medios de producción y del dinero, no es posible, siguiendo esta teoría del cálculo económico, el equilibrio.

La lógica deductiva que aplica el individualismo metodológico de la escuela austriaca establece que el individuo libre, autónomo y miembro independiente de la sociedad, es la base reguladora fundamental de los valores de intercambio de los bienes de consumo. Es consumidor y productor al mismo tiempo, supuesto dueño y dirigente del orden económico. Como consumidor decide qué productos merecen ser introducidos en el mercado, regulando la demanda. El equilibrio del libre mercado se construye sobre la hipótesis de la libertad abstracta del individuo, eso sí, enmarcado en un determinado sistema económico cuyos límites están estrictamente delimitados. Necesariamente, Mises y la escuela austriaca no pueden interpretar la socialización de los medios de producción más que bajo el mando de una autoridad racional en una dictadura que asuma el papel del cálculo económico suplantando el equilibrio del libre mercado, porque no pueden prescindir de la ideología que reincide constantemente en el estereotipo de reducir la sociedad a una organización económica que convierte los medios en fines. No entra en su teoría ni en su campo de acción que socializar los medios de producción implica la democracia real, y que el totalitarismo de una autoridad racional que sustituya el libre mercado y sus «equilibradas» relaciones de intercambio es lo que actualmente se denomina «capitalismo de Estado». El cálculo económico es insustituible, según Mises, y se basa en las relaciones de intercambio, es decir, en el libre mercado. La imposibilidad de su aplicación en una sociedad con los medios de producción socializados conlleva para Mises el desequilibrio económico, ya sea porque la autoridad racional que realiza el cálculo por otros medios sea un Estado totalitario con una clase dirigente burocrática o una asamblea de ciudadanos en una democracia directa. La autoridad de la propiedad privada es, para él, irrevocable. Que el cálculo económico es imposible si no se basa en relaciones de intercambio,

supuestamente prueba que el socialismo sea impracticable. En lo que se resume esta teoría es en que solo a través de la propiedad privada en una sociedad de productores-consumidores se puede determinar el valor de los bienes de consumo, con lo que otra forma de organización más igualitaria haría imposible el desarrollo económico. El mercado es el que regula los precios, la oferta y la demanda, regula la producción y el mecanismo funciona porque el mercado es la esencia del capitalismo.

El cálculo económico es necesario en una sociedad cuyo sistema precisa de la reproducción constante, lo que Mises denomina dinámica económica en contraposición a estática económica. La dinámica económica de la que habla Mises es la base fundamental de la necesidad del cálculo económico, pero también es el fundamento de las crisis y el desequilibrio, de las desigualdades y la constante amenaza de desintegración económica de las sociedades. El capitalismo es, por lo tanto, el sistema del riesgo permanente. Son estas condiciones de precariedad constante las que depuran el intercambio de bienes y la improductividad, a la vez que encadenan a la sociedad al sistema de intercambio. Pero la producción y el equilibrio del mercado, ¿no son factores que imposibilitan la integración social, que solamente cohesionan el sistema económico como fundamento y estructura de la sociedad?

En el capitalismo de libre empresa y en el capitalismo de Estado, lo que se valora es la ganancia en lugar de la distribución y paliación de las necesidades. Ambos sistemas se basan en una categoría abstracta, «la ganancia», lo que implica un desequilibrio en la sociedad que no puede paliar ni el mercado ni el Estado como autoridad racional económica, en contra de lo que presuponía Mises. Lo que decide, según él, es el sistema del dinero y de capitales basados en la ganancia. Esto se corresponde con el mito del libre mercado que la práctica y la vida real han desmentido en innumerables ocasiones.

Estas tesis de la escuela austriaca demuestran que el libre mercado y la democracia son incompatibles entre sí. Si existe una limitada democracia representativa, en la que la libertad de los individuos es formal y su dependencia económica es concreta, ha sido dada gracias a la regulación institucional del mercado así como a una restringida socialización de la riqueza producida. La socialización de los medios de producción proveería de una democracia real, o una democracia real se sustentaría sobre la base de una socialización de los medios de producción. El obstáculo es el mercado y sus ideólogos.

El problema fundamental de la escuela austriaca respecto a la teoría del valor reside en que magnifica la creación de los precios apoyándose en la oferta y la demanda, identifica valor con precio. La materialidad concreta de la producción de productos está determinada por el trabajo socialmente necesario para producir bienes, ya que los medios de producción pertenecen a la sociedad independientemente de que su posesión se encuentre en manos privadas. La oferta y la demanda regulan los precios relativamente, porque los precios dependen *a priori* del valor real que cuesta producirlos, es decir, del trabajo social y objetivo incluido en las mercancías. La hipóstasis de la oferta y la demanda ha ocultado la existencia de plustrabajo, por lo tanto, de plusvalía. Que el valor sea un concepto subjetivo es una comprensión idealista del individualismo metodológico, que interpreta la racionalidad como algo individual y es la que asigna el valor, cuando el valor realmente es asignado por la sociedad, lo que se podría considerar como algo subjetivo a la vez que objetivo, mientras que el cálculo

económico se presenta como objetividad basada en las relaciones de intercambio que son relaciones sociales fragmentadas, es decir, relativas, y mucho más subjetivas que la asignación del valor. En un equilibrio teórico sobre el precio y el valor, se puede argumentar que el empresario obtiene su ganancia de la plusvalía después de la amortización de los costos de producción, pero está determinado por la oferta y la demanda (por la utilidad marginal) de forma circunstancial y secundaria, no principalmente, aunque la ideología economicista precise de la utilidad marginal, de las fluctuaciones de la oferta y la demanda, para asignar al consumidor-productor un papel de soberano de la economía que no posee. Parecen presentar a los empresarios como servidores de la sociedad y al individuo genérico como responsable y libre, cuando la realidad es justamente la inversa. El precio suplanta el valor real de las mercancías, al sumarse factores como la competencia, la situación económica y las fluctuaciones de la oferta y la demanda. Se oculta el valor real de las mercancías desequilibrando la producción en manos privadas, lo que demuestra la irracionalidad del mercado. Presentan la oferta y la demanda como causas naturales y leyes lógicas, cuando en realidad son artificios creados por un determinado sistema. Lo concreto y real es la producción realizada por el trabajo, que es, en última instancia, la causa real de la producción por encima del idealismo de la utilidad marginal. La teoría del valor establece la importancia del trabajo como base de la economía. Esta teoría explica que los precios de las mercancías se forman a partir del valor, pero no de una mercancía particular y el valor que contiene, sino del total de las mercancías y la suma total del trabajo social. Por eso, se desmarca de la concepción clásica del valor que asignaba una relación entre el precio y el trabajo poco efectiva. Los economistas clásicos como Adam Smith renunciaron a la teoría del valor-trabajo por la interpretación del precio según sus costos de producción, perseveraron en la distribución por encima de la producción, igual que sus descendientes neoliberales. La teoría del valor es una teoría general del valor, ya que las mercancías tienen un precio asignado que se desvía del valor originario individualmente. En el proceso concreto e inmediato, es decir, en primera instancia de la acumulación, los precios fluctúan con el mercado. La ley del valor, tal como la expuso Marx, es una ley que determina el valor de las mercancías, y de ahí parte la determinación de los precios con respecto a ella, determinado por el trabajo social necesario en producirlas. Es una ley general de la sociedad que explica cuánto tiempo de trabajo social necesario es requerido para la producción de mercancías, lo que determina su precio. El mercado, al no planificar racionalmente la producción, ya que el cálculo económico se basa en la relatividad ideal de la oferta y la demanda, causa crisis periódicas o cíclicas al no existir un equilibrio entre la producción y el consumo. Es por esto por lo que los teóricos de la escuela austriaca han dado la vuelta a la realidad, el desequilibrio no se halla en la planificación fuera del cálculo económico necesario para la regulación del mercado, sino en que el cálculo económico es un mito ante el idealismo más allá de la realidad concreta de la regulación del mercado. La regulación racional es la que por encima del cálculo económico abstracto regula democráticamente las necesidades reales de la sociedad, no en la elección pretendidamente libre del consumidor, puesto que esa elección nunca ha sido libre, y nunca ha existido una regulación planificada democrática de la economía. El riesgo es el factor principal en la producción de una mercancía, porque idealmente se calculan primero los costos de producción y la expectativa de beneficio y mercado, el valor del trabajo es introducido

dentro de los costos de producción como algo subordinado, como un añadido más. Este riesgo es el que demuestra la irracionalidad del pretendido cálculo económico y su relativa efectividad porque supone periodos de crecimiento y recesión constantes. La constante real es el desequilibrio. Al utilizar el mercado como regulador social de la producción, en lugar de que la sociedad regule sus propias necesidades en función de los individuos, el trabajo concreto se desliga del trabajo social general o abstracto, con lo cual la producción se convierte en algo caótico. El intervencionismo estatal ha intentado corregir estas desavenencias, las crisis del capitalismo cada vez eran más extremas y las movilizaciones sociales mejor organizadas. Las crisis amenazaban con el colapso y la desintegración de la sociedad, como efectivamente ocurrió en 1929. El capitalismo tardío o de organización ha necesitado de la regulación institucional de la economía, pero por lo que se puede apreciar, eso no ha sido suficiente ni para frenar las crisis ni para paliar la constante necesidad de reproducción del capital que amenaza con la desintegración de la sociedad al rebasar el sistema sus límites internos. La explotación de la sociedad por medio del trabajo es lo que determina el valor de las mercancías, y su precio solo es influido circunstancialmente y en particular basándose en la oferta y la demanda, por lo que si se cambia esta base valorativa se presupone que es el mercado el que regula el valor, y con ello los precios, y la producción se vuelve caótica haciéndose necesaria la intervención estatal. Es decir, un ideal pasa a regir la racionalización de la economía, pero este idealismo del mercado se estrella contra la realidad constantemente porque basa la regulación en un cálculo equivocado.

La escuela austriaca sustituye la teoría del valor por la noción de utilidad subjetiva. Intenta demostrar que el trabajo es un factor más en el valor de la mercancía y que por eso los precios son regulados por el mercado según la oferta y la demanda. Debido a la relatividad del cálculo económico basado en el mercado que establece la primacía del consumidor, el método del cálculo ha demostrado su ineficacia. La utilidad no es individual sino social, viene determinada por la producción y el consumo objetivo. La relatividad del consumo provoca desequilibrios en el mercado y demuestra que la utilidad y el valor no se pueden someter al cálculo económico que se apoya en la ganancia, porque se producen las graves consecuencias económicas y sociales que se han dado en la experiencia y en la historia.

El mito de la competencia perfecta

El énfasis en el consumo, que constituye y desarrolla una sociedad cuya economía está basada y sustentada por la demanda de bienes, aparentemente, supone para los teóricos neoliberales ortodoxos el desarrollo utópico de una competencia perfecta, una información igual, fluida y cristalina, y un mercado en desequilibrio que se equilibra progresivamente en la balanza de la oferta y la demanda cuyo soberano líder es el consumidor. La importancia teórica recae en el consumo y el *marketing* para, de este modo, suplantar y evadir el trabajo, el valor que engendra, y la sociedad en su conjunto y complejidad, impidiendo así la crítica del trabajo como explotación y el desequilibrio, la miseria y el derroche propios de una economía de mercado. Al explicar los precios, independientemente del valor real de las mercancías y los bienes y servicios por medio del precio regulado que otorga la oferta y la demanda, se introduce la circularidad de los precios. Un precio afirma o refuta otro precio y así indefinidamente. No pueden llegar a

la causa principal de la creación de los precios, que es el trabajo social necesario para la producción de las mercancías objetivamente.

La creación de una economía democrática

El desarrollo adecuado de las fuerzas productivas que permitan una distribución adecuada es necesario para la superación del actual sistema económico. Sin una productividad suficiente, los productos quedarían determinados a mantenerse como propiedad privada y esto se manifestaría, obviamente, en los precios y los salarios. Los intentos de socializar la economía en países cuyas fuerzas productivas aún no estaban lo suficientemente desarrolladas han causado desigualdades, pauperización, desabastecimiento y el auge de una élite burocrática. La ausencia de una distribución adecuada ha supuesto en los países del socialismo burocrático la imposibilidad de superar las condiciones de intercambio propias del mercado, ya que las necesidades sociales no podían ser cubiertas de un modo adecuado. El desarrollo de las fuerzas productivas no es necesariamente exclusivo de la economía de mercado, dichas fuerzas pueden desarrollarse de un modo más libre y democrático como demuestra la experiencia de Portoalegre, o de un modo represivo, autárquico y dependiente de una distribución burocratizada como demuestra la experiencia soviética.

El cálculo económico que se realiza en las economías de mercado se basa en la irracionalidad del supuesto equilibrio entre la oferta y la demanda, lo que origina crisis económicas al no existir dicho equilibrio, y desigualdades, debido a que la demanda es creada por los poseedores de una renta superior, a los que se dirige la satisfacción de necesidades, en lugar de serlo para una satisfacción general de las necesidades de la sociedad y de todos sus individuos. La libertad económica no consiste en que cada individuo consuma según sus capacidades, sino en que el consumo cubra realmente las necesidades del individuo independientemente de su capacidad o nivel adquisitivo. Un cálculo económico real y no ficticio resultaría de equilibrar la producción con la demanda efectiva de la sociedad, y esto es imposible en una economía de mercado que desequilibra constantemente la oferta y la demanda ante las continuas fluctuaciones de las rentas individuales. También fue imposible en las sociedades del socialismo burocrático porque la productividad era determinada igualmente por una demanda de una élite burocrática privilegiada y unos gastos militares y especulativos completamente al margen de una demanda efectiva social y concreta. En dichas sociedades, se combinaban los defectos de una economía de mercado con los de la burocratización (Mandel). La única posibilidad de desarrollar un cálculo económico efectivo se encuentra entre la ficción del equilibrio entre la oferta y la demanda en la economía de mercado y la burocratización ineficiente de la planificación de la producción regulada por el Estado, es decir, se encuentra en la democratización de la producción mediante un control político participativo real e igualitario que supervise y ponga de manifiesto la demanda de necesidades reales de la sociedad. El control político de la economía solo es factible, por tanto, en una democracia participativa en la que sus participantes no tengan necesidad de elegir a un representante temporal, sino que puedan defender y aplacar sus propias necesidades, así como determinarlas. Solo con la emancipación económica y del trabajo alienado del individuo es posible una sociedad libre y democrática.

El crecimiento en la productividad del trabajo ha sido identificado con la represión de la jornada laboral e ideológicamente establecido con el estímulo del consumo o la depauperización. La productividad se incrementa de manera eficiente si realmente es necesario dicho incremento, y la predisposición a una mayor productividad solo puede

ser desarrollada si efectivamente repercute en el nivel de renta y bienestar de los productores, así como en su identificación con dicha productividad. Es la alienación productiva lo que causa un deficiente rendimiento y una distribución irracional. Si el aumento de la producción no ha supuesto mejoras en la calidad de vida de los productores, en cuanto a reducción de la jornada laboral, necesidades básicas y servicios públicos, se debe a que la productividad no repercute en los productores, sino en las relaciones de intercambio que benefician y mantienen el mercado. El mercado es el instrumento y la institución alienante bajo el cual la productividad se convierte en un mito.

La organización irracional de la economía

Factores ideológicos del equilibrio económico:

- La mano invisible o la organización espontánea de la economía a través de la competencia y la participación individual.
- Maximización del excedente social a través del consumo y el equilibrio entre la oferta y la demanda.
- Ciclos de expansión y contracción considerados como fenómenos de las ciencias físicas.

La economía sustentada en el corporativismo, con un Estado fuerte y regulador, con una unidad entre los bancos y las corporaciones, y la primacía del consumo interno, es decir, el denominado capitalismo social, comenzó su declive afectado por la corrupción, el burocratismo, la progresiva ausencia de competitividad, el descenso de la producción afectada por la escasez de mercados y, sobre todo, la necesidad extrema de la reproducción del capital. El capitalismo de organización desembocó en un auge especulativo, no solo en Japón y Estados Unidos, sino incluso en países tradicionalmente socialdemócratas como Suecia. El estancamiento de la economía fue solucionado mediante desregularizaciones y liberaciones. El hecho de que las inversiones, los bancos y las aventuras financieras estén respaldadas y aseguradas con fondos públicos en última instancia, alienta más aún el auge especulativo: se puede especular con el mínimo riesgo. La burbuja especulativa termina por explotar antes o después, a pesar del «parcheado», que se basa en el monetarismo del aval que procede de los fondos públicos. El debate se cierne actualmente sobre el déficit y la falta de liquidez. Asegurar la liquidez supone el ahorro, y el ahorro la falta de inversiones y consumo. Tomar medidas contra el déficit supone subir los impuestos y acortar las prestaciones sociales. En ambos casos, la trampa procede de una economía basada en el consumo artificialmente creado y, en definitiva, en un orden aleatorio e irracional de la economía. Reducir los tipos de interés, aumentar el déficit público incrementando el gasto para ampliar la liquidez, potenciar el crédito y las prestaciones sociales como la ayuda por desempleo, crear obras públicas que aumenten la inversión y la movilidad del capital, conlleva un límite. El problema consiste en que, a pesar del salvamento a los bancos y las grandes empresas, hasta que no concluya la purga creada por la reproducción especulativa del capital, estas medidas son insuficientes. Otra medida supuestamente eficaz es la del repunte de la inflación: si la inflación aumenta, el dinero

va perdiendo valor progresivamente, lo que podría incentivar el consumo. Pero, como el orden irracional de los mercados se basa en las configuraciones psicológicas y desiguales de los consumidores, estas pueden igualmente dirigirse hacia el consumo o el ahorro. En ambos casos, indistintamente, la salida de la recesión no es inmediata, y en el caso de la reactivación del consumo se puede crear una recaída aún mayor. La inflación provoca falta de liquidez, sin embargo, en algunos casos puede provocar la salida de la recesión por medio del repunte del consumo, pero también puede provocar el miedo en los mercados y el conservadurismo del ahorro, lo que alargaría la recesión. Con todo, como las políticas económicas de las últimas décadas hacían hincapié en la exportación y la importación provocando superávit o déficit comercial en lugar de estabilidad y equilibrio en el consumo interno, la salida a la actual crisis económica provocará un regreso de los modelos keynesianos de regulación económica, pero tan solo serán momentáneos, ya que estabilizan el sistema temporalmente y no lo modifican en su estructura. El devenir económico es caótico, la economía se mueve dependiendo de las fuerzas caóticas del mercado, el psicologismo de la oferta y la demanda y la hiperproducción que conduce a las crisis. Esta transitoriedad impide una superación y un orden de las necesidades individuales.

La destrucción de los medios de producción

Las crisis económicas cíclicas y constantes que se producen después de cada periodo de expansión productivo no son el único causante de la destrucción de grandes masas de medios de producción. La destructividad inherente al sistema capitalista en cuanto al mismo desarrollo productivo y a los medios de producción obstaculiza, cuando no aniquila, la distribución y la expansión de la riqueza. Al concentrar en manos privadas y defender y proteger la propiedad privada de los medios de producción, que siempre son públicos y colectivos en origen, se limita y aniquila la posibilidad de una producción más eficiente, así como su posible expansión. Instrumentos y medios como Internet, recursos naturales, etc., son liberados de su propiedad pública para someterlos al control privado. Se limita, en principio, un empleo eficiente de dichos recursos e instrumentos, y por medio de la legislación se aniquila la posibilidad de distribuir y ampliar la riqueza que podría suponer una producción social eficiente. El capitalismo restringe toda forma de producción que no sirva a intereses privados minoritarios o particulares. El ejemplo que supone Internet en cuanto a expansión y distribución cultural, y una productividad libre de la cultura, es claro desde el momento en el que Estados y multinacionales limitan su acceso mediante las desigualdades regionales o económicas, y ponen límites legales a su utilización, distribución y producción. El falso supuesto proteccionista de los derechos de autor, los cuales son inexistentes en medio de la expropiación mercantil, pone de manifiesto el doble juego moral y legalista, con el que Estados y multinacionales e intereses privados deforman y limitan la expansión de un medio de producción cultural y económico. Los medios de producción son destruidos al despojarlos de su circunstancia social porque la propiedad privada de estos, que es un artificio jurídico, inhibe su verdadera condición pública y colectiva e impide su verdadero desarrollo.

El estatismo formal del sistema económico

El éxito de las políticas económicas keynesianas, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, produjo una era de consumo, productividad y crecimiento. Los años prósperos e innovadores de la sociedad del bienestar, o, específicamente, de la sociedad de consumo, ocultaban un trasfondo, una estructura algo frágil e inestable: la demanda podía ser controlada y organizada por los Gobiernos a fin de evitar posibles crisis económicas, pero no fue así con la inflación, el exceso de burocracia y la corrupción generalizada; por otra parte, los trabajadores-consumidores que en esta época fueron el motor de desarrollo y eficacia de la sociedad de consumo, es decir, su soporte básico, no absorbieron en su totalidad la producción acelerada al límite que precisaba el capitalismo para subsistir y expandirse. El resultado de todo esto fue el creciente grado de especulación y el auge del monetarismo para controlar y regular la inflación, así como el regreso del pensamiento liberal-económico. El ocaso de las políticas económicas keynesianas, que tanto habían hecho por salvar el sistema económico, se produce porque su perduración en el tiempo habría ocasionado una evolución hacia el socialismo burocrático, el colapso de los mercados o el origen de una economía democrática. Ninguno de estos resultados se podía permitir si se quería preservar el capitalismo y las desigualdades sociales que conlleva.

El desarrollo ideológico y teórico necesario para potenciar y establecer la hegemonía de las políticas económicas neoliberales fue el de la teoría de la estructura estática del sistema económico. La ciencia económica, que es desde sus orígenes una ciencia social, adopta el modelo matemático, la estadística y el método de las ciencias naturales para desarrollar una ideología formalista, abstracta y biológica de la economía. La aplicación de este saber ideológico sienta las bases para la defensa y el desarrollo del pensamiento único neoliberal. La simplificación de la teoría reduce a esquemas la teoría económica, incluso se deshace de ella, la excluye de la política, de la sociedad y de la realidad concreta. Pero resulta ser un recurso apropiado para que la teoría pura, la metafísica como conocimiento, sepulte cualquier alternativa y se establezca como la verdadera ciencia económica, a pesar de sus continuos choques contra la realidad.

La economía no es, precisamente, una especialidad aislada. No es independiente de las ciencias sociales ni, por ello, de la sociedad y la cultura. Las sociedades humanas no crecen en la jungla, las leyes humanas no son leyes naturales, ni físicas, ni matemáticas, así como su economía, pero la justificación científica siempre ha servido de gran ayuda a los totalitarismos. El sistema económico, aunque aislado formalmente como una estructura y con su ideología transformada en ciencia, no es independiente de la sociedad, de la política que en ella se ejerce y la cultura establecida. Forma parte de una realidad más extensa y amplia de lo que su burbuja formal representa. El liberalismo económico produce una progresiva desintegración de las sociedades dentro de una integración formalizada, esa es la mayor paradoja que es ocultada o disimulada por el aislamiento de la ciencia económica y el carácter objetivo y absoluto del sistema. La palabra «desintegración» no significa, en este caso, caos o anarquía. En tiempos de guerra existen bloques antagónicos perfectamente integrados y organizados que se desintegran y eliminan mutuamente. Este es el caso del sistema económico que integra y determina la sociedad, la política y la cultura, es un sistema cultural determinado por una economía política, e integra para luego aniquilar, ordena para desintegrar, según las

fluctuaciones de las economías y los mercados. La vida no es un sistema ni encaja dentro de ninguno, pero nuestra civilización ha desarrollado este sistema cultural en el que vivimos logrando, de este modo, una reducción de la vida, lo que ha provocado su declinar en mera supervivencia.

La actualidad del pensamiento económico y político marxista

Después del auge y decadencia de los totalitarismos adscritos a la malograda metafísica marxista, cuyo origen y desarrollo comienza en Engels y sus herederos teóricos, se ha visto y se sigue viendo el marxismo como una ciencia social y una teoría económica pura. Gran parte de esta visión la tuvo el mismo Marx y, sobre todo, Engels, este último con su variante de «socialismo científico». Pero Marx fue ante todo un filósofo, y la diferencia principal entre un filósofo y un científico de la actualidad es que el científico describe lo que «es» de manera pretendidamente objetiva, «pretendidamente», porque su objetividad presupone trascender las circunstancias antropológicas y culturales en las que se encuentra su ciencia, mientras que el filósofo interpreta lo que existe y propone lo que debe ser, es decir, las circunstancias sociales, éticas, antropológicas y culturales están insertas premeditadamente en cada filosofía o interpretación cultural, por eso, el estereotipo de la filosofía, desde la perspectiva del científico o el técnico, es el de subjetivismo, como si la ciencia consiguiese mantenerse al margen del presente histórico y cultural en el que se desarrolla. Esta es la causa por la que Marx no fue tanto un positivista o un analista, un descriptor, como un intérprete y un crítico de la realidad de su tiempo. No hizo profecías ni predicciones más allá de la teoría desarrollada desde la realidad de su presente. Lo que hizo fue un pensamiento dinámico que transcendía y mejoraba la realidad en la que vivió. La polémica no ha de consistir exclusivamente en poner en tela de juicio si sus argumentos son erróneos o sus conclusiones precipitadas, sino en qué medida sus análisis y sus interpretaciones deben ser tenidos en cuenta y llevados a la práctica. Que el marxismo haya fracasado, que se haya transformado en una ideología, que esté obsoleto o se mantenga vigente ante los problemas actuales es algo que se demuestra en la práctica, y esas serían las propias palabras que pronunciaría Marx. Si gran parte de su crítica posee actualidad, al margen de los dogmatismos y fanatismos, entonces la necesidad de construir una sociedad socializada y democrática se encuentra al margen de toda teleología, de toda descripción meramente empírica y de toda metafísica. Por eso, Marx hizo tanto énfasis en la política, porque la política transforma y no describe ni especula, y si se adentró en la economía, la ciencia social y el derecho, fue para trascender los idealismos, que tanto rechazó, y todas las especulaciones metafísicas de la historia. La sociedad democrática es un ideal en la medida de su actual ausencia de realización práctica, y su posibilidad de existencia es muy limitada. Pero ello no implica que la necesidad de ese ideal de realizarse se convierta en una objetividad, en una ciencia neutra o en una moral respaldada por ideólogos. No es el análisis de ese ideal, sino su realización, lo que debe proponerse, no es desde el punto de vista empírico, sino desde el conocimiento crítico de la vida concreta, desde donde debe realizarse. Que la realidad social pertenezca al mercado no significa su autenticidad. Si la realidad es falsa, entonces la lucha por transformar esa realidad se convierte en el sentido de lo verdadero.

La transformación del capitalismo, y sus reformas, fue provocada por los movimientos

políticos y sociales, y no por el propio sistema capitalista que se adaptó a los cambios y circunstancias para legitimarse y sobrevivir. Esa es la actualidad del marxismo, la presión de la teoría sobre lo existente. Posicionarse desde la racionalidad y la praxis para transformar la realidad social y cultural. Pretender escindir la teoría de la práctica fue el idealismo y el error de las filosofías del siglo XX, ignoraron la potencialidad crítica de la filosofía de la praxis. Cambiar las estructuras económicas y políticas para subvertir el paradigma de la racionalidad, y no al revés, esa es la herencia que rebosa en el presente del pensamiento de Marx.

Economía de mercado, planificación y economía democrática

El sistema capitalista presenta una desintegración social permanente en su desarrollo, tanto en épocas de crecimiento como en épocas de crisis, ya que la distribución caótica, desproporcionada y desigual provoca un desajuste constante entre la producción y la sociedad que la genera y asimila, entre la economía y los ciudadanos. El orden social, en continua desintegración, alcanza su cima de decadencia en las crisis económicas. Al no existir una alternativa real al orden social existente, al no emerger un nuevo orden social, la desintegración permanece constante y dicho orden se reconstruye en un progresivo ciclo. No es relevante el hecho de que las fuerzas desintegradoras posean suficiente fuerza como para provocar el derrumbe del sistema, ya que esto ya ha ocurrido en sucesivas ocasiones, lo relevante es conocer la posibilidad de existencia de fuerzas alternativas que reintegren y den forma a un nuevo orden social. Evidentemente, la intervención del Estado no puede considerarse una alternativa al orden social existente porque, más bien, es una fuerza reintegradora que recompone y reconstruye el sistema en épocas de recesión y reforma o equilibra, según la política al uso, la desintegración sistemática de la sociedad. El Estado, mediante la planificación y la regulación económica, ha conseguido erradicar en parte ciertas tendencias desintegradoras como el desempleo masivo y la tendencia al subconsumo, pero no ha erradicado ni siquiera parcialmente la disociación intrínseca entre la producción y los productores, entre democracia y ciudadanía, por su ausencia de una composición estructuralmente democrática y por la servidumbre e instrumentalidad hacia la economía de mercado. Si el Estado ha actuado como mediador de conflictos de clase o de democratización y mejoras en las condiciones de vida, lo ha hecho por la presión de los movimientos sociales y para evitar una desintegración radical del sistema que cambiara el orden existente, que podría haber generado otra forma de organización y un nuevo orden social. Vemos, de esta manera, que el papel del Estado ha sido tanto reaccionario como progresista según se inclinara hacia el establecimiento del mercado y su potencial desintegrador o hacia una planificación más democrática e integradora.

III

LA DESINTEGRACIÓN POLÍTICA

La plusvalía de la plusvalía

La evolución histórica del desarrollo de la productividad industrial ha generado una expansión del beneficio que, no siendo posible su reinversión en el sistema productivo de la industria, ha dado lugar a la extensión de la sociedad de consumo (la industria cultural) en la que el resultado del plusvalor obtenido en la creciente productividad industrial es invertido y sustenta el comercio, los servicios, las instituciones y las nuevas formas de innovación económica y tecnológica que, a su vez, reproducen ese plusvalor (pero no lo amplían, lo amplifican de un modo especulativo y ficticio) y lo expanden hacia otros sectores o el conjunto de la sociedad. Esta plusvalía generada sobre la base de la creciente productividad del trabajo no pudo ni puede ser asimilada en el proceso productivo por dos razones: una es para evitar la sobreproducción y su inherente tendencia al subconsumo, y otra es la necesidad de expansión, reinversión y reproducción del capital industrial que moviliza a la sociedad creando una estructura o sistema que la dirige y sustenta en torno al consumo, y, por lo tanto, al mercado. La reproducción de la plusvalía del sector industrial se expande y reproduce en sectores públicos y privados que alientan el mantenimiento de una burocracia improductiva y el despilfarro, junto con la desigualdad que genera el consumo y la competencia en los mercados, de la especulación privada. Esto es, la plusvalía de la plusvalía, es decir: el plusvalor abstracto que se genera en la sociedad de consumo a partir de la plusvalía productiva industrial. La expansión de la productividad industrial podría conducir a un reparto equitativo y a una distribución que satisfaga las necesidades de los ciudadanos, pero, lejos de ser así, el modelo productivo en manos privadas necesita de una reproducción constante y de un modelo social que se adapte a las necesidades de la producción y reproducción del sector industrial. De este modo, el capital industrial y financiero determina no solo el consumo y los mercados, sino también la sociedad y la política que en ella se desarrolla.

Las grandes masas de población que se sostienen a partir de la reproducción de la plusvalía, a su vez reproducida y expandida, son los verdaderos sostenedores del sistema político y económico, ya que un derrumbe de la industria tal como se encuentra desarrollada, de la estructura capital industrial-comercio-capital financiero, supondría una modificación en sus condiciones de vida. Las denominadas clases medias son tan garantes y defensoras del sistema actual como las otras clases más minoritarias de grandes financieros y capitalistas industriales. En torno a esta estructura con base en el capital industrial y su proceso como plusvalía desarrollada, se erigen los Estados y la democracia representativa.

La despolitización de la sociedad

Los ciudadanos son expropiados de la participación política siendo reducidos por el sistema a meros productores-consumidores pasivos. La democracia es un mercado político en donde los ciudadanos participan indirectamente (democracia indirecta o representativa) como consumidores políticos. De esta manera, se aprecia cómo la ideología económica neoliberal introduce su modelo de sistema y gestión en la esfera política. No son el Estado ni la burocracia los que determinan el sistema político y su configuración, sino que es el sistema económico el que determina la estructura política. La escasa oferta política, y su determinismo, viene dada por las deficiencias propias del mercado, el cual no puede cubrir la mayor parte de las necesidades e iniciativas de la población. Las campañas de publicidad y *marketing*, junto con los programas políticos vendidos como mercancías de gestión, demuestran que los partidos políticos actúan como empresas cuyo interés es el beneficio privado. La legitimidad del sistema democrático se identifica con la legalidad. El derecho y la justificación racional de los valores liberales y democráticos se presentan en un único discurso que se enfrenta y posiciona como contrario a los totalitarismos. Este fenómeno ha sido denominado, en ocasiones, como fundamentalismo democrático, pero la democracia y el fundamentalismo son posiciones antagónicas y contradictorias, por lo tanto, un sistema que se presenta como discurso único representa en sus formas un totalitarismo y no una verdadera democracia. La democracia, para ser factible, ha de presentarse como una pluralidad de discursos, de acciones y de participaciones. Hablar de fundamentalismo democrático implica una contradicción en ambos términos. Si la legitimidad se identifica con la legalidad, en su caso a través del derecho y de constituciones liberales, la democracia entonces es legitimada de forma muy restringida. El sistema político no se apoya únicamente en esta forma de legitimidad, la cual se mantiene en un equilibrio precario, sino, sobre todo, en el monopolio del conocimiento y la producción. La tecnocracia del conocimiento monopoliza los cauces de la administración pública y lo mismo ocurre en la economía: las formas de gestión de la producción y la riqueza social son un monopolio de los tecnócratas o especialistas, los cuales presentan un objetivo común y cada vez menos divergencias. Esto significa que, desde la esfera política, no se cuestiona el sistema político, social y económico, no se cuestiona el mercado, sino la forma de gestionarlo. El consenso democrático se efectúa, de este modo, por coacción. No se trata únicamente de una coacción y violencia directas, sino la exclusión de otros discursos, de otros conocimientos y de otras posibles actuaciones. Revela el carácter totalitario e impositivo, a través de la violencia simbólica, del sistema político.

La lógica de la sociedad desintegrada

Siguiendo la línea de pensamiento de Max Weber, la escuela de Fráncfort pronosticó un modelo de sociedad en el que la administración total y la burocracia establecieran una organización técnica en la que los individuos y la sociedad estuvieran plenamente integrados, en la que la identidad entre sociedad y sistema fuese absoluta en un mundo integrado. El desarrollo posterior no niega de forma absoluta esta hipótesis: la burocracia industrial y financiera es la élite que impone una administración total de la sociedad, pero lo que sí niega este desarrollo son sus conclusiones. La jaula de hierro burocrática ha dado lugar no a una sociedad con lucha de clases, sino a una sociedad con clases sin lucha, pero cuanto más se estrecha la jaula de hierro más se deforman sus barrotes. Si el mercado autorregulado es una quimera, la sociedad integrada bajo el modelo de capitalismo organizado es un mito. La lógica misma del sistema y una sociedad integrada conlleva una enorme contradicción, ya que aunque la administración política y burocrática abogue por dicha integración, el mercado y la producción organizados con desigualdad y ausencia de democracia provocan una desintegración constante en la sociedad que difícilmente es solventada por el Estado. La dialéctica social que generan la economía y la política en la sociedad no puede generar una integración, por muy represiva que sea dicha sociedad, sino que tras una dialéctica que no integra se sigue una lógica desintegradora. Los pensadores e intelectuales que siguieron la trayectoria de Max Weber también confluyeron con Hegel, aunque en sentido negativo, pensaron que era posible una integración social casi absoluta bajo el capitalismo. La consolidación de la administración total sobre la vida no ha provocado una integración total sobre la vida, ya que la lógica del sistema económico y cultural es desintegradora, precisa del caos en los mercados y de una reproducción caótica. Si bien las estructuras sociales sirven para integrar y consolidar un orden, la estructura básica que es el sistema de libre mercado y la producción capitalista hace tambalearse dichas estructuras sociales. La sociedad sustentada sobre la irracionalidad del mercado jamás podrá ser una sociedad integrada. El énfasis en la identidad ha provocado una convergencia ideal y un caos material.

La sociedad se desintegra cuando el sentido de la comunidad desaparece o se encuentra en dicho proceso. Si esa sociedad desintegrada no se ha transformado, incluso ante la pérdida de legitimidad, ha sido debido a la coacción: el sistema cultural niega ideológicamente la posibilidad de una sociedad nueva e integradora, solo presenta la disyuntiva entre lo existente o la barbarie. En la práctica, la coacción aparece en el aislamiento individual que subyace a la competitividad y la competencia. A esto se le une la «socialización represiva» que supone la participación indirecta e impotente en la producción por medio del consumo y el salario. Esta participación indirecta no fue más que una estrategia, y la sociedad desintegrada pierde su capacidad de socialización porque es expropiada de sus propios productos y realizaciones, es decir, de su riqueza.

La consolidación del capitalismo a través del Estado del bienestar

El capitalismo, como sistema social, ocasiona la desintegración política de las sociedades al estructurar la base de la democracia representativa y las instituciones. La dictadura del mercado reemplaza a la democracia real, la manipulación de los medios de comunicación reemplaza la opinión pública en el mercado administrado de dichos medios, y el intercambio comercial (incluido el del sufragio) obstaculiza el criterio individual y degrada la posibilidad del sufragio directo participativo: se permite consumir y administrar la renta de un modo idealmente libre, eligiendo entre una variedad de productos y servicios limitados arbitrariamente, lo mismo ocurre con el sufragio como bien de consumo, el partido político se presenta como una mercancía de gestión. A través de las distintas representaciones políticas se configura el sistema político, reduciendo la diversidad ideológica a un estrecho conjunto de representaciones y discursos en los que la participación queda restringida al sufragio. La democracia representativa es una democracia, por lo tanto, muy limitada y excluyente. Además de este hecho, el sistema político no solo no cuestiona el sistema económico, sino que lo apuntala.

El sistema económico como fundamento de la sociedad civil provocó crisis y antagonismos sociales sin precedentes históricos. En el desarrollo histórico del capitalismo se hizo necesario un intervencionismo estatal con el fin de regular estos antagonismos sociales y las crisis periódicas. Dicho desarrollo ha dado lugar a lo que se denomina «Estado del bienestar», que se caracteriza por ser un modelo de administración que regula la actividad económica que se desarrolla en la sociedad, neutralizando las crisis económicas y paliando los efectos de los antagonismos sociales. El Estado del bienestar es una administración burocrática cuya finalidad es corregir los defectos del sistema y la desintegración que genera el mercado como institución caótica e irracional. Es un instrumento al servicio del mantenimiento del *statu quo*. El Estado es un subsistema político con respecto al sistema social dominado por el mercado. El mercado, a su vez, es un subsistema de relaciones sociales de intercambio cuya estructura básica son las relaciones sociales de producción dominadas por una minoría capitalista. La democracia representativa, en apariencia independiente de los poderes económicos, se sustenta en una élite o aristocracia capitalista que domina la esfera social. La democracia representativa, por lo tanto, se fundamenta en un totalitarismo. Si bien el Estado del capitalismo de organización es un Estado totalitario propiamente dicho, su papel es de administración secundaria, lo cual es defendido por la ideología neoliberal como un progreso democrático al dar al Estado un papel no autoritario ni despótico y que no estructura directamente las relaciones sociales. Dicho papel queda asignado al mercado, que es una institución no menos totalitaria y excluyente que las instituciones que tuvieron lugar en los regímenes con Estados totalitarios. La democratización de la dirección política, la democracia representativa, no responde a la democratización de la sociedad. Esta última se da como posibilidad y como realidad, únicamente, en el enfrentamiento directo y continuo que genera los antagonismos en las sociedades capitalistas. La democracia real se da como oposición al capitalismo, no como consecuencia de este. En un Estado democrático, las instituciones y las relaciones sociales no se rigen democráticamente, existe un poder absolutista subyacente. Esto seguirá siendo así mientras no exista una política democrática que socialice la

producción y la distribución, es decir, hasta que se democratice la economía.

La ideología del liderazgo

La necesidad de intervenir en los mercados por parte de los estados nacionales, adaptando la política y la administración pública a la producción capitalista, consolidó una organización política acomodada a las necesidades y al desarrollo del sistema económico. Esta organización es la democracia parlamentaria representativa que, si bien supuso un gran avance respecto a otras formas de organización política anteriores como las dictaduras y las monarquías absolutas, en la actualidad supone un freno a la realización y el desarrollo pleno de la democracia. El mercado y la producción capitalista tienen como barrera unas pretendidas instituciones democráticas, de ahí el necesario ajuste del desarrollo democrático a favor de una burocratización creciente, ya sea pública o privada. El auge del mercado implica una mayor burocracia. La democratización de las instituciones implica, por el contrario, una menor burocracia y unas limitaciones al mercado. La sumisión al sistema económico por parte de la burocracia y los poderes públicos proviene de su adecuación a este, el cual les ha dado forma.

El origen de la ideología del liderazgo no es tanto político como económico. El cesarismo político no es más que la imagen de la competitividad y el esplendor del cesarismo de empresa. Dentro de la ideología misma, se confunde el derecho a la separación entre los trabajadores y los medios de producción, y el derecho a la separación entre el poder político con respecto a los ciudadanos. Esta es la diferencia entre la autoridad eficiente y el sujeto pasivo como consumidor y productor, y supone una ruptura antidemocrática que es enmascarada con el culto a la eficacia de la autoridad competente, el especialista, ya sea la empresa, el líder político, el partido o la organización. Esta expropiación se establece bajo la apariencia democrática, pero fue un preámbulo y una continuidad en los regímenes totalitarios.

La especialización, fruto de la división del trabajo y la creación de las jerarquías en la sociedad capitalista, fue una necesidad productiva derivada de intereses políticos específicos. Esta especialización no solo es un proceso económico, ha sido adoptada por la ciencia, la política y, actualmente, por el conjunto de la sociedad, que se halla fragmentada en torno a las distintas especializaciones. Toda una sociedad movilizaba en torno a una estructura paramilitar. El fin de esta movilización es el beneficio, no el beneficio social, sino el económico. La base metafísica y teleológica de la ideología del liderazgo es la misma que dota de racionalidad al sistema económico. El capitalismo no es ya, por lo tanto, un sistema económico meramente, sino un sistema social y cultural que encierra a la sociedad totalitaria bajo la máscara del libre mercado y la democracia. El culto al líder mezcla la eficacia racional con la emotividad. La necesaria apariencia democrática es en realidad dominación y represión, y crea la circunstancia de subyugarse ante un líder o un liderazgo paternalista en lo emocional y eficiente en lo racional, además de la libre adaptación a esa forma de gestión, la libre sumisión al líder, a la empresa, al Estado o a cualquier tipo de orden o estructura que controle y dirija la vida individual y colectiva. Se es libre en la expresión y en la elección, pero no se es libre en lo que se expresa y elige, no se participa en lo establecido, sino que es impuesto. Se elige entre posibilidades, entre liderazgos, pero que no se participa en cuanto a su origen y realización. Se vota lo establecido, se elige lo que se impone, se asume libremente la dominación. Es equiparada, de este modo, la represión con la

autonomía.

Las consecuencias de la desintegración política

La principal consecuencia de la desintegración política en las sociedades del capitalismo organizado es la anomia, es decir, la ausencia de vínculos entre los individuos y las instituciones. Si esta desintegración constante y latente se mantiene, como de hecho ocurre, en un periodo de crisis económica, la consecuencia directa es el auge de extremismos políticos y violencia. «El fascismo es una ideología de crisis» (Bobbio). El fascismo es la respuesta reaccionaria a la desintegración social que se acentúa en la crisis económica y política, es la ideología del liderazgo llevada a sus últimas consecuencias, pero también es parte del proceso de atomización y represión que constituye y precisa el sistema productivo en su funcionamiento y consolidación. El fascismo es, entonces, una subideología en la sociedad capitalista. La disciplina de masas no es estrictamente propia del fascismo, sino una necesidad productiva y de sumisión al orden establecido en el sistema social de expropiación y desintegración democrática.

Otra de las consecuencias de la desintegración política es la deslegitimación progresiva del sistema democrático basado en la democracia representativa. La pérdida del sentido de representatividad de los ciudadanos respecto a la clase política procede de la especialización y profesionalización política, y de la exclusión práctica de la mayoría de los ciudadanos de esa actividad. Los especialistas y dirigentes políticos gestionan en base a cierto grado de representatividad, el grado que les limita y legitima el sufragio, y por el cual han de responder ante sus electores; y en función de *lobbys* y estructuras económicas de poder. La ruptura entre los intereses minoritarios de la élite económica y política y los ciudadanos provoca la desmotivación y desvinculación política que se manifiesta en la creciente abstención en las elecciones de los países más desarrollados. La democracia no pierde legitimidad por esta desmotivación de los electores, sino porque los causantes de la ruptura en la participación política y el desarrollo democrático son una casta privilegiada que actúa al margen de los intereses de la sociedad, coincidan o no sus actuaciones con dichos intereses. Esto no solo ocasiona la desintegración política, sino que es fruto de la expropiación democrática y es la raíz de la realidad del totalitarismo.

El poder reducido al culto a la personalidad es la consecuencia directa de la ideología del liderazgo y la profesionalización de la política. El poder concentrado en la personalidad carismática reduce aún más la participación y la expansión de la democracia. Esta identidad entre legitimidad democrática y liderazgo pertenece a la creencia ampliamente establecida que responsabiliza al líder carismático y los especialistas de los progresos o fracasos en la gestión administrativa, dejando libre de toda crítica las instituciones y las distintas estructuras de poder. Mediante el mito de la responsabilidad del líder carismático y los profesionales de la política, se convierte en incuestionable el sistema democrático establecido, lo cual presenta la paradoja de que el sistema deviene en antidemocrático. La profesionalización de la política ha creado una oligarquía política. El partido político es la instancia suprema de despoltización y pérdida de la legitimidad democrática que se da en nuestro presente.

IV

LA SOCIEDAD DESINTEGRADA

Los límites de la disidencia

La crítica y la perspectiva de los economistas, los intelectuales comprometidos y los movimientos sociales de la actualidad se dirigen hacia las consecuencias externas de la organización social, en concreto, contra el poder político y el financiero, pero no se orientan hacia las causas intrínsecas del sistema capitalista, por desconocimiento o ausencia de determinación. Esta crítica irrefleja y desorganizada, en su conjunto, muestra una dimensión práctica potencialmente estéril y poco efectiva. La protesta estereotipada por la intelectualidad progresista, los economistas especializados y sin conocimiento de la cultura, y los movimientos sociales, sirve para canalizar el malestar de la sociedad y evadir una verdadera crítica efectiva que estimule y dirija una auténtica revolución social. La ideología continúa presente en la medida en que impide otras formas de expresión al margen de lo establecido.

La racionalidad desintegrada

En la sociedad global capitalista, el pensamiento es asimilado por la tecnificación creciente que afecta tanto a la ciencia, en su dimensión instrumental, como a la política y a las ideologías. La pretensión de racionalización total de Hegel vino a chocar con la especialización propia de la creciente división del trabajo, pero lejos de ocurrir un antagonismo, cada especialidad científica y técnica adoptó la metafísica idealista y secularizada hegeliana, y asimiló en sus fundamentos de racionalidad instrumental el absoluto y la racionalización total, así como la idea de verdad como identidad y no como interpretación. Las filosofías del límite, a la vez que los existencialismos, acotaron el campo social y rechazaron una visión filosófica capaz de otorgar sentido a la vida y al mundo, lo que provocó el ascenso y supremacía de la ciencia como legitimadora del conocimiento y el materialismo limitado mecanicista como praxis vital. La filosofía abandona la pretensión de sentido histórico y se refugia en la especulación y ahistoricidad científica perdiendo su dimensión crítica y emancipativa, se convierte a sí misma en especialidad. El pensamiento filosófico es reducido al individuo en un contexto social neutro, toma las formas positivistas de la psicología y la sociología abandonando la posibilidad del sentido y la crítica. Ante el determinismo científico, biológico y economicista que constituye la ideología prevaleciente en la sociedad, cada vez más global y uniforme, surgieron pensadores y movimientos de resistencia que en su mayor parte adoptaron una posición de retraimiento defensivo. Uno de estos movimientos es el posmodernismo. Los posmodernos creyeron ser muy actuales y vanguardistas al pretender superar algo que es irrebable en las actuales circunstancias, de ahí su carácter idealista. Son irrebasables la ilustración y la modernidad, entre otras cosas, porque aún no se ha dado su cumplimiento, su consumación práctica y material. Solamente cuando los ideales ilustrados de racionalidad y emancipación sean dados materialmente en la sociedad, se podrá exponer su consumación, y se podrá comenzar una nueva etapa posilustrada o posmoderna. Solo en una sociedad plenamente industrializada y desarrollada según los ideales y prácticas ilustradas se puede hablar de sociedad posindustrial y posmoderna. Superación significa, en este caso, realización, y, a estos efectos, aún nos queda mucho camino por recorrer. En cuanto al respeto a la diferencia, supremo postulado posmoderno, habría que observar que este culto forma

parte de la ideología del mercado que estratifica y amplía las diferencias desarticulando la lucha de clases y consolida la hegemonía desintegradora de la diferencia y los mercados excluyentes. Para que exista el respeto a la diferencia, ha de existir un elemento común, un factor integrador en la diversidad, una racionalidad crítica y práctica que otorgue unidad de acción ante una misma amenaza. La diferencia y la divergencia infunden poder al mercado y al capital, responden a la integración desintegrando, generan la desigualdad como elemento destructivo y de segmentación.

Al margen de la crítica posmoderna, el conocimiento, en tanto que es un proceso de descubrimiento e interpretación dialéctica, es un elemento de liberación y creatividad. Pero el método lógico y científico impone su modelo positivista de adaptación impidiendo su desarrollo creativo y la transcendencia del medio que describe.

La ideología como atomización

La integración ideológica provoca la desintegración en la práctica social. La ciencia no es meramente una fuerza productiva, sino también un instrumento de producción de ideología, y, por lo tanto, de relaciones sociales. La ciencia positivista ha adquirido un carácter neutral y objetivo respecto a la sociedad que, verdaderamente, la constituye. A la neutralidad y objetividad de la ciencia, el pensamiento crítico ya no se opone, subsumido y exiliado en el trasfondo de la especulación o el arte. El reinado de la ciencia es metafísico y teológico en la inmediatez de la sociedad industrial y globalizada. El naturalismo de la ciencia es el fundamento ideológico de la integración de la sociedad en el sistema capitalista. Dicho sistema desplazó la religión para incorporar sus propias redes ideológicas, y estas redes, por supuesto, se encuentran divididas en áreas o campos. Tanto la división de las ciencias como en otras ramas (como la política, el derecho y el resto de redes) convergen en una maraña unitaria que conforma la sociedad en torno al sistema e impide la oposición y la alternativa. Por eso se repite hasta la saciedad que no hay otro sistema posible. Esto no significa que la ciencia y la técnica sean ideologías autónomas, sino que es la propia ideología del sistema la que instrumentaliza la ciencia, la técnica y los fenómenos culturales reduciéndolos a mera función del sistema social prevaleciente. Se observa la suplantación de la racionalidad por el cálculo científico, del nexo común de las diferencias, que es la racionalidad, por el mercado como dimensión práctica del positivismo, que es la filosofía propia del sistema capitalista. El mercado es una institución que procede de una ideología y una praxis que determinan las relaciones sociales, de este modo, la racionalidad se reduce a instrumentalidad. La sociedad cuyo fundamento político es el poder del capital, su institución reguladora el mercado y su cosmovisión cultural es la ciencia, tiene como rasgos principales la irracionalidad y el totalitarismo. La razón puede que no sea el absoluto, pero no se reduce al ente, ni al mercado, ni a la diferencia, ni al científicismo. La ciencia y la técnica son fuerzas productivas y al mismo tiempo producen relaciones sociales, pero también, y debido a ello, son instrumentos ideológicos de alienación llegando a suplantarse la alienación religiosa de tiempos pasados.

El presente histórico

La contradicción actual que se encuentra en la sociedad consiste en que las posibilidades de desarrollo que tuvieron origen en la productividad expandida, con su crecimiento económico y tecnológico, coinciden con el mantenimiento de un sistema represivo y hegemónico cuyo cometido es la desigual distribución de la producción para la sostenibilidad de una élite, y la desintegración social que esto conlleva. Es decir, las posibilidades de desarrollo de la sociedad superan las limitaciones del sistema sociocultural, político y económico. El fundamento de la lucha de clases es, por lo tanto, la desigualdad económica, y seguirá habiendo lucha de clases mientras haya desigualdad, al mismo tiempo que, si no se da una ruptura, ninguna clase social conseguirá una hegemonía plena. La desintegración es constante y latente, provocando estallidos y revueltas periódicas que formalmente quedan sumergidas bajo la formalización idealista del contrato socialmente establecido.

La producción material que genera la sociedad se encuentra dividida y expoliada, lo que supone la organización irracional de dicha producción basada en el beneficio privado y la expropiación. La sociedad se encuentra desintegrada en su base fundamental: la economía. En cuanto a la producción cultural que genera la sociedad, esta se encarga de atenuar los conflictos originados por la desintegración cuyo origen se encuentra en la economía, pero que no se limita únicamente a ella. La base económica, que es social, política y culturalmente reproducida, es la circunstancia material sobre la que se origina el cambio en las sociedades, de ahí se observa que los movimientos sociales hayan sido tan poco fructíferos al intentar reformas políticas o culturales sin modificar la base económico-social.

La fragmentación social

Las necesidades humanas son utilizadas para cubrir las necesidades del mercado, ya que sin necesidades creadas artificialmente, o si las necesidades reales fuesen cubiertas por la sociedad en lugar de ser determinadas por la economía privada, el mercado sería superfluo. La producción industrial se destina al mercado en la medida en que existen necesidades para la perpetuidad de este. A partir de este hecho, se puede observar la expansión y ampliación del sistema capitalista desde la esfera económica a todos los demás campos sociales (la ciencia, la cultura, el arte, la religión, la política, etc.). La división del trabajo desarrolla la división en especialidades. No es la división del trabajo y la existencia de especialidades (lo cual es en muchos aspectos un logro) el origen de la fragmentación, de la anomia y la atomización, sino su fundamento economicista que convierte el trabajo y las esferas sociales en instrumentos productivos al servicio del sistema económico para el beneficio privado. Solamente a través del filtro de la economía de mercado tiene lugar la posibilidad de desarrollo de lo público, de la economía socializada, y ese es el origen de la desigualdad y de la fragmentación social. Desde el fraccionamiento económico y la consiguiente desigualdad que provoca, se produce la jerarquización de la sociedad, con su cúpula y su base: la clase política y la ciudadanía despolitizada. La política deriva de una fragmentación económica del mismo modo que la existencia de élites, ya sean intelectuales, de riqueza o de poder, y el resto de las especializaciones, esferas socioculturales y estructuras.

BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Theodor W. *Dialéctica negativa*, AKAL.

— *Introducción a la sociología*, Gedisa Editorial.

ALTHUSER, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*.

BOBBIO, Norberto. *Estado, gobierno y sociedad*, Fondo de Cultura Económica.

— *Ni con Marx ni contra Marx*, Fondo de Cultura Económica.

— *Teoría general de la política*, Editorial Trotta.

— *Diccionario de política*, Siglo XXI.

BOTTOMORE, Tom. *La economía socialista: teoría y práctica*, Editorial Sistema.

BOURDIEU, Pierre. *Cuestiones de Sociología*, AKAL.

DEBORD, Guy. *La sociedad del espectáculo*, Pre-textos.

GALBRAITH, John Kenneth. *Historia de la economía*, Ariel.

EAGLETON, Terry. *Por qué Marx tenía razón*, Península.

HABERMAS, Jürgen. *Ciencia y técnica como ideología*, Tecnos.

— *Teoría y praxis*, Tecnos.

— *Teoría de la acción comunicativa*, Tecnos.

— *La reconstrucción del materialismo histórico*, Taurus.

HONNETH, Axel. *Crítica del poder*, A. Machado Libros.

HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor W. *Dialéctica de la ilustración*, Trotta.

HORKHEIMER, Max. *Crítica de la razón instrumental*, Trotta.

— *Teoría crítica*, Amorrortu Editores.

KATZ, Claudio. *La economía marxista, hoy*, MAIA Ediciones.

KRUGMAN, Paul. *La organización espontánea de la economía*, Antoni Bosch editor.

— *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*, Crítica.

LEFEBVRE, Henri. *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Alianza Editorial.

LUKÁCS, György. *La crisis de la filosofía burguesa*, Siglo XX.

MANDEL, Ernest. *Problemas básicos de la transición del capitalismo al socialismo*,
Anagrama.

— *La economía en el periodo de transición*, Anagrama.

MARCUSE, Herbert. *La sociedad industrial y el marxismo*, Quintarla.

MARX, Karl. *La ideología alemana*, Ediciones Grijalbo.

— *El capital*, AKAL.

— *Contribución a la crítica de la economía política*, Comares.

— *Manuscritos economía y filosofía*, Alianza Editorial.

NEGRI, Antonio y HARDT, Michael. *Imperio*, Harvard University Press.

RANCIÈRE, Jacques. *El odio a la democracia*, Amorrortu Editores.

SAMPEDRO, José Luis. *Economía humanista*, Random House Mondadori.

SWEEZY, Paul M. *Teoría del desarrollo capitalista*, Fondo de Cultura Económica.

TAIBO, Carlos. *En defensa del decrecimiento*, Los Libros de la Catarata.

ADORNO, Theodor W.; POPPER, Karl R.; DAHRENDORF, Ralf; HABERMAS, Jürgen;
ALBERT, Hans y PILOT, Harald. *La disputa del positivismo en la sociología alemana*,
Grijalbo.

VON BÖHM-BAWERK, Eugene; VON HAYEK, Friedrich A. y VON MISES, Ludwig. «La
crítica de la “escuela austríaca” al socialismo», *Estudios públicos*.

WEEKS, John. *Teoría de la competencia en los neoclásicos y en Marx*, MAIA Ediciones.